

Cuando le preguntaron cuáles eran sus propósitos de año nuevo, dijo simplemente que dejar de buscar el amor. Todas sus amigas se rieron de ella y, cuando vieron que iba en serio, la miraron con caras raras.

Claro, todas estaban ya emparejadas, no tenían que soportar desastrosas citas, ni relaciones cortas y malas con tíos que parecían muy buenos hasta que te llevaban a la cama, ni las miradas de superioridad de los conocidos con pareja, ni que los familiares se compadecieran de ellas y las obligaran a asistir a auténticas citas a ciegas encubiertas, que las hacían parecer unas desesperadas delante de todo el mundo.

No, ellas habían tenido suerte y Carla estaba ya hasta las narices, así que siguió adelante en su empeño a pesar de lo que le dijeron para convencerla de lo contrario. Después de todo, si no buscaba el amor, no se llevaría un chasco tras otro por no encontrarlo.

Pocos días después, estaba en una cafetería del centro, tomando algo sola mientras jugueteaba con su móvil, cuando un tío guapísimo, de esos que dan ganas de arrastrarlos a un rincón y hacerles de todo, se acercó a ella.

Nada más verle se tambaleó su decisión de dejar de buscar el amor y empezó a fantasear con que él era El Hombre, pero negó con la cabeza para sí y reprimió esas fantasías rápidamente.

—Hola —dijo él, con una voz sexy y resonante.

—Hola —respondió ella. Fingió indiferencia mientras se preguntaba si ese culito era tan magnífico al tacto como parecía desde lejos.

—¿Puedo hablar contigo? —preguntó el bombón. Ella le miró extrañada.

—¿Nos conocemos?

—No, verás, te sonará extraño, pero no puedes renunciar a encontrar el amor —dijo el tipo, vacilante.

—¿Perdón?

—Cada vez que alguien renuncia a encontrar el amor, uno de los nuestros enferma y acaba perdiendo su poder hasta hacerse del todo mortal y morir —explicó él.

—Uno de los vuestros... —repitió Carla. Se pellizcó disimuladamente en la pierna para comprobar que no estaba soñando ese absurdo.

—Sí, somos algo así como los espíritus casamenteros, ¿sabes? —dijo él, como si fuera normal soltar algo así a una desconocida.

—¿Te han contratado Gema y Ariadna? —preguntó ella. El bombón la miró interrogante—. Mira, tío, déjalo estar. Les diré que caí en la trampa, así que te pagarán igual por tu numerito.

—No, de verdad que no, hablo en serio —respondió él, de inmediato—. Es importante que me escuches, la vida de alguien está en juego. No puedes dejar de buscar, te lo suplico.

—Mira, esto no tiene gracia.

—Pero es cierto...

—Pues si es cierto, ¡os fastidiáis! —exclamó Carla, enfadada. No le apetecía seguir hablando del tema y, si seguirle el rollo lograba que la dejara en paz, así lo haría—. Si esos supuestos «espíritus casamenteros» hubieran hecho bien su trabajo y no me hubieran arrejado con esa panda de gilipollas, yo no habría dejado de buscar, ¡que se atengan a las consecuencias de su ineptitud! —finalizó. Dicho esto, recogió sus cosas y se marchó apresuradamente. El tipo la siguió corriendo hasta su casa, sin parar sus súplicas de que «entrara en razón»: ¡Déjame en paz! ¡Llamaré a la policía!

—La policía no puede verme, ya te he dicho que yo soy un espíritu casamentero y...

Carla le cerró la puerta del portal en las narices y se metió en su apartamento, donde suspiró aliviada por haberse librado de él.

—Oye, eso ha sido muy grosero, ¿sabes? —dijo una voz a su espalda.

Carla cogió el paraguas que tenía junto al perchero de al lado de la puerta y avanzó hacia él gritando:

—¡Fuera de mi casa, psicópata!

Cuando él se acercó, le atizó con su arma improvisada y cayó al suelo por el impulso al atravesar el cuerpo de su oponente sin resistencia alguna.

—Ya te he dicho que no soy de carne y hueso, ¿te has hecho daño? —preguntó solícito. Ella se alejó de él según se acercaba—. No voy a hacerte daño, solo quiero que

recapacites. Te juro que te tendremos en nuestra lista de prioridades, incluso me ofrezco a acompañarte, pero tu media naranja no está entre la gente que conoces ni entre la gente que conoce a los que conoces, así que tienes que salir ahí fuera a buscarle.

Al tocar la pared con su espalda, Carla hizo un último intento de librarse de él: intentó pegarle un empujón, pero solo logró atravesarle de nuevo, por lo que finalmente tuvo que aceptar sus palabras.

—¿Y dónde está? —gruñó ella.

—Eso no lo podemos saber, solo podemos proponerte a personas que parezcan compatibles —explicó el espíritu.

—Sí, ya veo lo compatibles que son los tipos que habéis hecho que se crucen en mi camino, ¡pedazo de inútiles!

—Venga, Carla, no seas así, que nuestro trabajo no es nada fácil —intentó justificarse él—. ¿Tienes idea de cuántas personas hay en el mundo?

—Pues eso, son tantas que no merece la pena seguir buscando. El amor verdadero es estadísticamente improbable —se empecinó ella.

—Para eso tienes nuestra ayuda. Ya te he dicho que me ofrezco a acompañarte en tu búsqueda, pero no puedes renunciar de esta forma, ¡una vida está en juego!

—Está bien —accedió ella por fin después de un buen rato debatiéndose entre creer esa chaladura o ir directa al psiquiatra—. ¿Adónde vamos?

Pasaron un par de semanas saliendo casi cada día en busca de su alma gemela y, poco a poco, Carla pareció recuperar la ilusión a pesar de que no tuvo demasiado éxito.

No obstante, la compañía constante de su espíritu casamentero, al que se había tomado la libertad de apodarar Ángel, hizo que las aburridas salidas de soltera se convirtieran en algo agradable con su divertida y extraña forma de ver las cosas.

El inconveniente era que solo ella podía verle, pero lo único que tenía que hacer para no parecer una chalada era fingir que hablaba con su móvil mientras conversaba con él. Una vez preguntó a su casamentero si eso no sería un impedimento para que sus potenciales medias naranjas la abordaran, ya que verla hablar por teléfono constantemente la haría parecer más inaccesible, y Ángel se limitó a encogerse de hombros y decir que si el tipo estaba realmente interesado se acercaría a ella a pesar de todo, de modo que mantuvieron ese sistema.

Poco a poco, Carla empezó a creer de nuevo en el amor y a dejar de buscarlo, esta vez porque se dio cuenta de que lo había encontrado en el lugar más inesperado: en el que se suponía que debía ayudarla a dar con él. No obstante, se abstuvo de decírselo a Ángel y siguió como si nada hasta que un día cambió todo.

Los hombres, vestidos de traje, entraron en el bar y se dirigieron hacia ellos. Carla, que les había mirado extrañada porque no era su ambiente, se empezó a preocupar cuando vio la palidez excesiva de Ángel, al que hablaron directamente.

—Ya sabes a qué hemos venido, ¿verdad? —preguntó uno de ellos.

—Ángel, ¿qué ocurre? —inquirió Carla; sabía que algo no iba bien pero no comprendía qué.

—Iré con vosotros. ¿Me permitís al menos hablar con ella antes a solas?

Los dos se miraron y finalmente asintieron y se alejaron unos metros.

—¿Qué pasa? —volvió a preguntar ella, cada vez más preocupada.

—Lo siento, Carla, lo siento de veras. Sabía que tarde o temprano esto pasaría, pero ha merecido la pena.

—No entiendo...

—Yo no podía soportar verte con otro, te quería demasiado y arruiné todas tus posibilidades con los tipos que podían ser tus parejas. Empecé a perder poder, por supuesto, pero en el fondo sabía que no encontrarías a tu alma gemela, porque era yo, así que cuando decidiste dejar de buscar y me di cuenta de que me separarían de ti y me asignarían a otra persona reuní lo poco que quedaba de mi fuerza y me hice visible, inventándomelo todo para que me permitieras estar a tu lado. Lo siento de veras, yo solo quería saber qué se sentía. Necesitaba que supieras que existo y que...

—Se acabó el tiempo —le interrumpieron los dos tipos. Ángel asintió derrotado.

—Lo siento, Carla —dijo, antes de ir hacia ellos.

—¡Esperad! ¡No podéis llevároslo! Yo le quiero, él no ha hecho nada malo.

—No sabe lo que dice, señorita —la detuvo uno de los tipos—, es un perturbado y lamentamos lo que ha pasado. Por supuesto, usted no recordará nada de esto y nos encargaremos personalmente de arreglar el daño que este desalmado ha hecho a su vida sentimental.

—¡No! ¡Esperad! —gritó, pero no sirvió de nada y de pronto se vio sola en el bar, bajo la estupefacta mirada de los otros clientes.

—No pienso olvidarme, panda de cretinos —gritó al aire dos semanas después en cuanto se quedó sola en el parque.

Tenía que hacer un auténtico esfuerzo cada mañana para recordar todo momento pasado con Ángel, ya que, a pesar de despertar con las cosas borrosas en su memoria, enmarañadas como si hubiera sido un mero sueño, había logrado vencer a diario a lo que quiera que hicieran en su mente para que le olvidara.

Para colmo, desde ese día desastroso no había parado de toparse, allá donde iba, con hombres maravillosos que, en teoría, eran medias naranjas potenciales. Les daba largas a todos, por supuesto, pero no paraban de aparecer más y comenzaba a hartarse

—Ya sabéis a quién quiero, imbéciles. Si no le dejáis en paz y permitís que vuelva conmigo, juro sobre la tumba de todos mis antepasados que moriré siendo una vieja solterona amargada y que pasaré el resto de mi vida haciendo de Grinch del amor. ¿Me habéis oído?

—¿De veras lo harías? —preguntó una voz conocida a su espalda.

Carla se volvió con una sonrisa de oreja a oreja y se encontró cara a cara con Ángel, que la miraba con adoración. Contuvo el impulso de correr hacia él para abrazarle, a sabiendas de que acabaría atravesándole y dándose de bruces contra el suelo, pero se acercó todo lo que pudo a él y le dijo:

—Por supuesto. ¿Has venido para quedarte? ¿Han entrado en razón?

—Bueno, tus amenazas les han dejado en una posición un tanto delicada, y la situación es tan insólita que no sabían muy bien qué hacer, así que han decidido que lo mejor era devolverme a la Tierra —respondió él. Alzó su mano y acarició su mejilla con suavidad.

Sorprendida, agarró su brazo y se dio cuenta de que era real, de carne y hueso.

—¿Cómo?

—Habría sido un poco raro que pasaras el resto de tu vida saliendo con un fantasma, ¿no crees?

—¿Entonces... eres humano?

—Eso parece, al menos hasta que te hartes de mí. Nada nos asegura que seamos almas gemelas, solo que somos muy compatibles. No obstante, si estás dispuesta a correr el ries...

—Por supuesto que lo estoy —dijo ella, y retiró la mano de sus labios para besarle.